

EL CAUTIVO CAUTIVADO: GONZALO GUERRERO EN LA NOVELA MEXICANA DEL SIGLO XX

ROSA PELLICER

Uno de los episodios más conocidos de la conquista de la Nueva España es el del encuentro de Cortés con Jerónimo de Aguilar y el desencuentro con Gonzalo Guerrero. La historia de un hombre que, habiendo naufragado años antes, consigue sobrevivir a toda serie de adversidades y es finalmente rescatado por los suyos se inscribe dentro de la larga tradición del tema de los naufragios y los peligros del mar. La narración del naufragio presenta habitualmente cuatro secuencias: desencuentro, encuentro, integración y retorno. Se puede producir la pérdida de la propia cultura y la adquisición de la cultura india, lo que puede ser considerado como el nacimiento a una vida nueva, de la cual el signo más claro es la desnudez y el olvido de hábitos anteriores. En el caso de Guerrero, bautizado así por López de Gómara, falta la secuencia habitual del retorno¹.

La insólita actitud de Gonzalo Guerrero se convierte en un paradigma de la elaboración de un personaje y de la reescritura de la historia «oficial» en las últimas décadas. Poco se sabe del español que en 1511, en la travesía del Darién a La Española al mando de Valdivia, naufragó en las costas de la península del Yucatán en los bajos de las Víboras, cerca de Jamaica. Su historia está indisolublemente unida a la de Jerónimo de Aguilar, ya que el resto de los compañeros de naufragio, de número indeterminado, murieron en distintas circunstancias. Hay que tener en cuenta que los sobrevivientes estuvieron a merced de los indios como cautivos, y algunos fueron víctimas de la antropofagia ritual. Logran

escaparse siete, y finalmente quedaron sólo Aguilar y Guerrero, que adoptaron posturas contrarias ante la nueva cultura, ya que el de Écija se asimiló sólo superficialmente a la cultura y sociedad indias para conservar su vida. Así aprende la lengua y sirve con fidelidad a su cacique, llamado Taxmar en algunos textos, para conservar su vida, pero conserva en todo tiempo su libro de Horas e intenta regirse por el calendario europeo. Exteriormente, pasados siete años, su aspecto es el de un indio y como tal es tomado por los españoles de la expedición de Cortés. Andrés de Tapia, el marinero que salió al encuentro de la canoa donde estaba, lo describe así:

Vieron tres hombres desnudos, tapadas sus vergüenzas, atados los cabellos atrás como mujeres, e sus arcos e flechas en las manos. Dos de ellos muestran miedo ante los españoles, pero uno se dirige a los españoles diciendo: «Señores, ¿sois cristianos, e cuyos vasallos²?»

Bernal Díaz del Castillo, a quien debemos la narración más completa de las desventuras de Aguilar, muestra alguna leve variante respecto del breve relato de Tapia y proporciona detalles, que repetirán más adelante. Las palabras que pronunció fueron menos educadas y más espontáneas: «en español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: 'Dios y Santamaría y Sevilla'». Añade que Cortés y su hombres no lograban distinguir al cristiano de los indios,

porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno e trasquilado a manera de indio esclavo, e

Rosa Pellicer

Profesora Titular de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Zaragoza. Su interés investigador se ha dirigido, principalmente, hacia Borges, Bioy Casares y sus obras en colaboración. También se ha ocupado de cuestiones relacionadas con las crónicas de Indias, como los espacios míticos o la visión americana del descubrimiento y la conquista. Ha publicado algunos trabajos sobre la imagen de la mujer en la prosa hispanoamericana del fin de siglo. Sus últimos estudios están dedicados al género policial en la Argentina.

1 La diversidad de nombres (Guerrero, Aroza, Azora, Morales...), origen, oficio bajo los que aparece «Gonzalo Guerrero» ha sido estudiado, entre otros, por Salvador Campos Jara (Cf. «Gonzalo Guerrero, anotaciones entre la historia y el mito», *Estudios del Hombre 2*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 1995, pp. 75-98).

2 «Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México», en Joaquín García Icazbalceta, *Colección de documentos inéditos para la historia de México*, II, México, Porrúa, 1971, p. 556.



Estatua en honor a Gonzalo Guerrero. Akumal (Quintana Roo, México).

3 Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ed. de C. Sáenz de Santamaría, Madrid, CSIC (Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo), 1982, I, p. 53.

4 Escribe Antonio de Solís que Aguilar «no acertaba a desasirse de la costumbre, ni a formar cláusulas enteras, sin que tropezase la lengua en palabras, que no se dexaba entender». (*Historia de la conquista de México*, Barcelona, Imprenta de los PP, Carmelitas Descalzos, 1766, p. 49).

5 Gabriel Lobo Lasso de la Vega, *Primera parte de Cortés valeroso y Mexicana*, Madrid, Pedro Madrugal, 1588, p. 23 y *Mexicana*, ed. de José Amor y Vázquez, Madrid, Atlas, 1970 (BAE, 232), p. 28.

6 Comenta Todorov: «Curieux en ce qu'il illustre l'une des variantes possibles du rapport à l'autre, le cas de Guerrero n'a pas une grande signification historique et politique (en cela aussi il est le contraire de la Malinche): son exemple n'est pas suivi et il est clair pour nous aujourd'hui qu'il ne pouvait l'être, il ne correspondait en rien au rapport des forces

traía un remo al hombro e una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, e una manta vieja muy ruin e un braguero peor, con que cubría sus vergüenzas, e traía atado en la manta un bulto, que eran unas Horas muy viejas³.

Bernal Díaz del Castillo es de los pocos historiadores, junto con Solís⁴ que lo sigue en este episodio muy de cerca, que aluden a que Aguilar pronunciaba ya mal el español, buena prueba de su aindiamento. Las Casas comenta que lo distinguieron por las barbas. Resulta interesante que algunos autores, al referirse al aspecto que tenía Aguilar, lo describen con la nariz y las orejas horadadas, rayados la cara y el cuerpo, como los propios indios. Es obvio que tanto Muñoz Cargado, como Terrazas y Lasso de

la Vega confunden su descripción con la de Guerrero. En los poemas épicos se acentúa el aspecto extraño del personaje, insistiendo en su asimilación, bien que superficial, a los indios, en una representación tópica de la imagen del indio, semejante a de un Lope de Vega o un Tirso de Molina. Un buen ejemplo es la descripción de Lasso de la Vega:

En tierra saltan de arcos ocupadas
Las manos, y de agudos passadores,
De palo, y pedernal muchas espadas,
Matizadas de mil varios colores;
Piernas, manos, y caras esmaltadas,
De cárdeno color muchas labores,
Los vezos de la boca agujerados,
Do sortijones de oro traen colgados⁵.

Algunos autores insisten en que sólo la necesidad condujo al de Écija a adoptar la vida y las costumbres de los indios, y en que siempre guardó la ley de Dios, como demuestra su firmeza ante las diversas tentaciones a las que fue sometido, principalmente contra la castidad. La historia de Aguilar es mejor

en présence» (Tzvetan Todorov, *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*, Paris, Seuil, 1982, p. 202).

7 Para Jaime Concha el esquema de los efectos del cautiverio en sus virtualidades ideales es

triple: «desjerarquiza, transgrede fronteras y genera un movimiento de fusión» (Jaime Concha, «Réquiem por el 'buen cautivo'», *Hispanamérica*, 15:45 (diciembre 1986), p. 8).

8 Tapia, *op. cit.*, p. 557.

conocida: se fue con Cortés, al que sirvió de intérprete, parece que tuvo hijos con una india, y finalmente murió de sífilis.

La actitud de su compañero Gonzalo Guerrero es excepcional porque supone una asimilación incondicional a la cultura y la sociedad indígenas, mucho menos habitual que la identificación en sentido inverso, como ocurrió en el caso de la Malinche⁶. Guerrero, al parecer marinero de Palos, adopta la lengua, las costumbres y, tal vez, la religión de los mayas, hecho tan sorprendente que un buen número de historiadores intentarán explicarlo⁷. Recordemos brevemente el caso: conocida por medio de una carta la cercanía de Cortés, Jerónimo de Aguilar la puso en conocimiento de Guerrero, que se negó al ofrecimiento de volver con los españoles. Según las fuentes utilizadas por los que se ocupan del episodio, Aguilar mandó una carta Guerrero, o bien fue personalmente a comunicárselo. Es importante señalar que en ningún momento los hombres de Cortés llegaron a ver al de Palos, desconocimiento que no impedirá su descripción, hecha por Aguilar. La transmisión de su historia tiene interés: Cortés no habla de Guerrero, hecho explicable porque no supuso nada para su empresa, en todo caso un fracaso al no lograr que lo acompañara. Andrés de Tapia supone que Jerónimo de Aguilar ni siquiera llegó a avisarlo al suponer que

no quería venir, por otras veces que le había hablado, diciendo que tenía horadadas las narices y orejas, e pintado el rostro y la manos, e que por esto no lo llamó cuando vino⁸.

Es a Bernal Díaz a quien debemos el relato más completo de la historia. Cuenta que Jerónimo de Aguilar, en cuanto hubo leído las cartas que le envió Cortés, pidió licencia a su amo y fue a buscar a Guerrero. La respuesta de éste es bien conocida:

Hermano Aguilar, soy yo casado, tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras: íos con Dios, que yo tengo labrada la cara e horadadas las orejas, ¿qué dirían de mí desde que me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonicos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traéis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envían de mi tierra.

Díaz del Castillo pone en escena a la mujer de Guerrero, que no aparece en ningún otro texto. Ella responde airadamente a la propuesta de Aguilar: «Mira con que viene este

El cautivo cautivado: Gonzalo Guerrero en la novela mexicana del siglo XX

esclavo a llamar a mi marido; íos vos, y no curéis de más pláticas». Aguilar vuelve a tratar de persuadir a su compañero, «que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer e hijos lo hacía, que la llevase consigo si no los quería dejar; y por más que dijo e amonestó, no quiso venir»⁹. Las palabras de la mujer son interesantes porque establecen la diferencia entre Aguilar, un mero esclavo, y su marido, capitán de los ejércitos. Más adelante se nos informa de que no sólo dirige las guerras contra enemigos indígenas, sino que es acusado de prepararla contra los propios españoles, como sucedió en la expedición de Francisco Hernández de Córdoba. Cortés, ante tan gran traición, dice airadamente: «En verdad que le quería haber en las manos, porque jamás será bueno. ¡Dejarlo he!».

Además del relato de Bernal Díaz, elaborado retóricamente, tiene particular importancia para la construcción del personaje de Gonzalo Guerrero en el siglo XX, la relación de Fray Diego de Landa, tanto porque añade detalles nuevos como porque lo presenta totalmente asimilado a la nueva cultura, no sólo amante de su familia y capitán de sus ejércitos, sino también convertido en «indio» y en idólatra. La importancia de sus palabras justifica la longitud de la cita. Después del naufragio,

[...] esta pobre gente vino a manos de un mal cacique, el cual sacrificó a Valdivia y a otros cuatro a sus ídolos y después hizo banquetes (con la carne) de ellos a la gente, y que dejó para engordar a Aguilar y a Guerrero y a otros cinco o seis, los cuales quebrantaron la prisión y huyeron por unos montes. Y que aportaron a otro señor, enemigo del primero y más piadoso, el cual se sirvió de ellos como de esclavos; y que el que sucedió a este señor los trató con buena gracia, pero que ellos, de dolencia, murieron quedando solos Gerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero, de los cuales Aguilar era buen cristiano y tenía unas horas por las cuales sabía las fiestas. Y que éste se salvó con la ida del marqués Hernando Cortés, el año de 1519, y que Guerrero, como entendía la lengua, se fue a *Chectemal*, que es la Salamanca del Yucatán, y que allí le recibió un señor llamado *Nachancán*, el cual le dio a cargo las cosas de la guerra en que (est)uvo muy bien, venciendo muchas veces a los enemigos de su señor, y que enseñó a los indios a pelear mostrándoles (la manera de) hacer fuertes y bastiones, y que con esto y con tratarse como indio, ganó mucha reputación y le casaron con una muy principal mujer en que hubo hijos; y que por esto nunca procuró salvarse como hizo Aguilar, antes bien labraba su cuerpo, criaba cabello y harpaba las orejas

para traer zarcillos como los indios y es creíble que fuese idólatra como ellos¹⁰.

Años más tarde de la llegada de Cortés a Cozumel, en 1528 Guerrero vuelve a rechazar la invitación de Montejo de unirse a los españoles e incluso parece que organiza la guerra contra éste y Dávila, siéndole culpable de la derrota inicial, como quiere Gonzalo Fernández de Oviedo, quien lo califica de «mal cristiano», «traidor e renegado mariner llamado Gonzalo»¹¹. Finalmente, en la carta de Andrés de Cereceda de 1536 se habla de la muerte de Guerrero en 1534 por un tiro de arcabuz, cuando fue a ayudar al cacique Cijumba en Honduras contra Pedro de Alvarado¹².

Así las cosas, es sobre todo a partir de la década de los 70 cuando asistimos en México a la transformación del escurridizo Gonzalo Guerrero en un mito, en un «icono cultural». A las confusas y escasas noticias de la historia «oficial» han venido a añadirse unas supuestas memorias de Gonzalo Guerrero, publicadas por el periodista Mario Aguirre Rosas en 1975, bajo el título de *Gonzalo Guerrero, padre del mestizaje iberoamericano*, que serían la transcripción de sus escritos realizados en unas pieles de venado y en unos papeles. Este supuesto documento habría estado en poder de los mayas hasta 1935, que pasó a un coleccionista de la ciudad de México. Otras memorias con apariencia de historicidad son las de Fray Joseph de San Buenaventura, *Historias de la conquista del Mayab. 1511-1697*, publicadas en 1994, en las que se supone que el fraile franciscano transcribe en 1724 el «Relato de Gonzalo Guerrero», escrito por él en unas pieles de venado y en trozos de papel que le pudieron dar Hernán Cortés o Francisco de Montejo. Leemos en el relato que Guerrero pidió a Cortés un cuchillo y papel para guardar la memoria de los acontecimientos:

[...] que si fuese de buen parecer que yo tenga un cuchillo castellano y unas hojas de papel recado con lo que yo escriba, tendré memoria de la su llegada a esta tierra y tendré memoria de vosotros y de los que vengáis con el señor capitán de Castilla; y así os ruego

e los españoles, ternéis buen amigo en mí.» (Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, ed. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Atlas, 1959 (BAE 119), III, libro XXXII, cap. III, p. 405). Las razones que movieron a Gonzalo Guerrero a quedarse entre los indios, así como los pormenores de su historia, varían, y aun se contradicen, entre distintos historiadores y han sido estudiadas, entre otros, por Rolena Adorno, Salvador Campos, Rolando J. Romero, Roseanna Mueller. Para su presencia en la épica remito a mi artículo «Gonzalo Guerrero, el primer aindiado. (Historia y literatura, siglos XVI y XVII)», *Nuevo Texto Crítico*, 5:9-10 (1992), pp. 61-72.

12
Rolena Adorno resume la información sobre las circunstancias de su posible muerte: «la carta del gobernador Andrés de Cereceda de 1536 aparentemente anuncia su muerte [...] llamándole «Gonzalo Azora», o en otras transcripciones «Gonzalo Aroça» [...]. En el valle del Río de Ulúa en 1534, Pedro de Alvarado atacó la fortificación principal del cacique Cijumba; en esta ocasión se supone que Gonzalo Guerrero habría llevado tropas mayas para socorrer al cacique [...]. Dos años más tarde en su informe al emperador Cereceda afirmaba que «con un tiro de arcabuz se había muerto un cristiano que se llamaba Gonzalo Azora, que es el que andaba entre los indios en la provincia del Yucatán veinte años ha y más». [...] Y esto ha bastado entre los historiadores para establecer la identidad entre Azora, Morales y Guerrero, que aparece en un momento posterior.» (Rolena Adorno, «La estatua de Gonzalo Guerrero en Akumal. Iconos culturales y la reactualización del pasado colonial», *Revista Iberoamericana*, 63:176-177 (julio-diciembre 1996) p. 913).

⁹ Díaz del Castillo, *op.cit.*, p. 50.

¹⁰ Fray Diego de Landa, *Relación de las cosas del Yucatán*, introd. de Ángel M^o Garibay, México, Porrúa, 1973 (1^a ed. 1959), pp. 6-7.

¹¹ La respuesta de este «Gonzalo, mariner» al requerimiento de Francisco de Montejo es la siguiente: «Señor, yo beso las manos de vuestra merced, e como soy esclavo, no tengo libertad, aunque soy casado e tengo mujer e hijos, e yo me acuerdo de Dios; e vos, señor,

13

Fray Joseph de San Buenaventura, *Historia de la conquista del Mayab. 1511-1697*, Solís Robleda, Gabriela y Bracamonte y Sosa, Pedro (Eds.), Mérida, Universidad Autónoma de Yucatán, 1994, p. 55. Para la caracterización del personaje en este «relato», véase el estudio de Persephone Braham, «El feliz cautiverio de Gonzalo Guerrero», *Hispanic Review*, 74:1 (winter 2006), pp. 1-17.

14

Rolena Adorno, «La pertinencia de los estudios coloniales para el nuevo milenio», *Andes*, 11 (2000).

15

Como señala Salvador Campos: «Guerrero cobra – como personaje histórico localizado en los orígenes de la nación mexicana – una distinta vitalidad mítica y que, las distintas versiones, constituyen variaciones de una estructura, inconsciente o no, que transmitieron informantes y redactores.» (Salvador Campos Jara, «Gonzalo Guerrero, anotaciones entre la historia y el mito», *Estudios del Hombre*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2 (1995), p. 90).

16

Cf. Adorno, *op.cit.*, p. 909.

17

www.qroo.gob.mx/qroo/Estado/Himno.php

yo me lo hagáis saber para que yo tenga memoria de aquesto¹³.

Aunque sus editores mantienen la autenticidad del documento, parece razonable pensar que se tratar de memorias falsas, de falsificaciones de documentos antiguos que nunca existieron, no sólo porque nunca aparecieron los originales, sino porque hay contradicciones entre los textos de San Buenaventura y de Aguirre Rosas. Las diferencias fundamentales entre estos dos textos se deben al momento de su publicación. Tiene interés señalarlas ya que estas «memorias» serán en algunos casos el punto de partida de las obras de ficción. Las de 1975 presentan a un Gonzalo Guerrero de origen humilde; las de 1994 como un hombre de armas y letras; el primero es rebelde y aun traidor contra los españoles y capitán de los mayas; en el segundo es pacífico y leal a los españoles, además añade un hijo mestizo que se rebela contra la colonización española, y acaba invirtiendo la historia de su padre: es cautivo de los españoles, aunque luego lo liberen. Como indica Rolena Adorno:

Si el primero de estos dos Gonzalos es típico de los años 1970s, leal a su nueva patria y su defensor, genera a la vez una familia que se conforma con la imagen clásica de un mestizaje feliz y armonioso. El segundo Gonzalo, de los años noventa, es el que genera con el mestizaje todos sus conflictos y traiciones interiores; es decir, ofrece una conceptualización más actualizada del mestizaje¹⁴.

La reinención del personaje –de traidor a «padre del mestizaje»– se basa en unos elementos que se manifiestan en los distintos historiadores. A modo de síntesis, la estructura que se transmite es la siguiente:

- Sobrevive a un naufragio y llega a las costas del Yucatán en 1511. Cuando llega Cortés en 1519, sólo quedan Jerónimo de Aguilar y Gonzalo Guerrero. Aguilar regresa con los españoles, mientras que Guerrero se queda con los mayas.
- Se casa con una noble maya y tiene hijos, en número variable.
- Tiene el cuerpo tatuado y las orejas horadadas.
- Se convierte en instructor y dirigente de los indígenas en temas de guerra, en *nacón*.
- Su negativa a volver con los españoles lo convierte en un traidor e idólatra.
- Muere peleando contra los españoles¹⁵.

La elevación de Gonzalo Guerrero a icono cultural, símbolo del mestizaje e incluso padre de la patria, se refleja tanto en su presencia iconográfica como literaria. Así, tenemos el grupo escultórico de Guerrero y su familia realizado por Raúl Ayala Arellano en 1974 del que hay una fundición en Akumal y otra en Mérida. La interpretación que hace al autor anónimo de un folleto editado con ocasión de la inauguración del retrato de Guerrero y su familia maya es totalmente utópica:

Gonzalo contempla el mar, el viento del Caribe juega con su cabello. Él es marinero y esparce su vista en una mezcla de melancolía y desafío... Los chalchihuites no se relacionan en nada con lo que usaba al salir del puerto de Palo. Ya no es uno sino que está ligado con amorosas ataduras a los hijos de su unión con la noble maya que tranquila y serena dirige a él la mirada mientras amamanta al más pequeño de sus críos... Cierra el conjunto la pequeña que, sin saber de su origen, juega con el viejo casco de su padre... Ella está al sol, al aire y al agua. Nació libre y feliz. Tiene padre y madre que la protejan y pertenecen al mundo que la rodea¹⁶.

Además de un mural en el ayuntamiento de Mérida de 1978, pintado por S. Cuevas, titulado *Origen del mestizaje*, en el que también figuran la mujer de Guerrero y un hijo mestizo, a Gonzalo Guerrero se le dedica una estrofa del «Himno a Quintana Roo» (1985), con letra de Ramón Iván Suárez Caamal y música de Marco A. Ramírez, en la que se sigue insistiendo en su carácter del padre del mestizaje:

Esta tierra que mira al oriente
cuna fue del primer mestizaje
que nació del amor sin ultraje
de Gonzalo Guerrero y Za'asil¹⁷.

La historia de Guerrero se puede considerar un ejemplo, que prácticamente quedó fuera de la historia, de lo que no pudo ser, un futuro de armonioso mestizaje. Las escasas noticias sobre su persona, de la que desconocemos hasta su nombre, propician su construcción ficticia. Los autores de ficciones parten de los escuetos testimonios de la historia oficial para crear un mundo posible, intentando conseguir ese doble carácter de la ficción que propuso Juan José Saer en su ensayo «El concepto de ficción»:

La ficción no es, por lo tanto, una reivindicación de lo falso. Aun aquellas ficciones que incorporan lo

falso de un modo deliberado-fuentes falsas, atribuciones falsas, confusión de datos históricos con datos imaginarios, etcétera-, lo hacen no para confundir al lector, sino para señalar el carácter doble de la ficción, que mezcla, de un modo inevitable, lo empírico y lo imaginario. [...] La paradoja propia de la ficción reside en que, si recurre a lo falso, lo hace para aumentar la credibilidad¹⁸.

La mayoría de las construcciones de la vida de Gonzalo Guerrero son especulativas. Para dar apariencia de verdad sus autores, a excepción de la novela de Otilia Meza, señalan las fuentes consultadas en la bibliografía final, intercalan citas sin preocuparse demasiado por el rigor filológico, y mencionan a historiadores de Indias y contemporáneos. Además, para la recreación de la vida de los mayas, se basan en estudios antropológicos. Antes de comenzar el recorrido, cabe observar que Gonzalo Guerrero no ha tenido todavía demasiada suerte con sus «biógrafos»; todos los textos están descuidados y no sólo por el «fuego de las erratas» y las incorrecciones ortográficas, sino por errores de bulto como anacronismos no deliberados y graves desacuerdos sobre el carácter del personaje y su modo de expresión, entre otras cosas.

La primera novela mexicana en la que Guerrero es protagonista absoluto –dejando de lado las falsas memorias públicas por Aguirre Rosas– es *Gonzalo Guerrero. Novela histórica* (1980) de Eugenio Aguirre¹⁹. En ella se alterna la primera y la tercera persona para narrar las venturas y desventuras de su protagonista, iniciadas en España, de las que no me voy a ocupar. Aguirre presenta a un soldado que, antes de pasar a Indias con Valdivia, está atormentado por la profecía del gitano Don Elear –«¡Nunca regresarás!»–, imitando a la historiografía clásica y de Indias en la que la profecía era un elemento de la historia, a la que se unen sus propias pesadillas. Ambos recursos funcionan como prolepsis narrativas:

Rogóle que le explicara, que le descifrara los hilos del sueño, de aquella pesadilla que hablaba de una eterna ausencia, de una pérdida total de los atributos de su personalidad. ¿Caería en el infierno, en las heces de la idolatría²⁰?

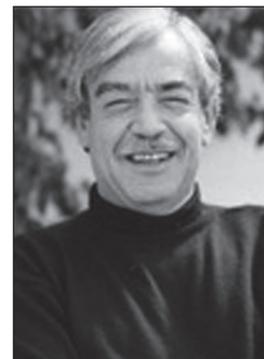
Nacido en Palos, el Gonzalo Guerrero de Eugenio Aguirre es un hombre de guerra y marinero, por lo tanto carece de letras. Desde el primer capítulo se muestra como un paladín contra la esclavitud que sufren los negros, lo que adelanta su actitud ante la conquista espa-

ñola y hará que, sin demasiados conflictos de lealtades, combata a los españoles. Una de sus características, ausente en los demás escritos sobre el tema, es la lascivia, que le lleva a tener relaciones sexuales con buena parte de las mujeres con las que se va encontrando: desde Rosario, la novia española, a su propia esposa Ix Chel Can, a la que será fiel, pasando por doña Marina y, durante el cautiverio de Taxmar, por la esclava Ix Náu Nic, «florezilla», cuyas «hazañas cortesanas» llenas de «lascivia desenfrenada» le causan admiración en el recuerdo. También insiste en lo durísimos que le resultaron los períodos de abstinencia sexual. Tal actitud sirve para resaltar la castidad de Jerónimo de Aguilar, que es capaz de soportar las más duras pruebas, como estar durante tres días a solas con Ix Mucuy, la hija de Taxmar, quien se la ofreció en matrimonio.

Desde el principio, Gonzalo Guerrero es fascinado por la civilización de los mayas. Continuamente entona la alabanza de su organización, sus costumbres, sus maravillas arquitectónicas, sus saberes, lo que facilita la adopción paulatina de la nueva cultura. El primer paso es vestirse el *ex* de los indios; el segundo, el aprendizaje de la lengua, gracias a Taxmar, que permite a los cautivos Aguilar y Guerrero el conocimiento de un mundo distinto, y que llevara prácticamente al olvido del propio idioma²¹. Si con Taxmar, a pesar del buen trato, era todavía un esclavo, cuando es regalado a su aliado Na Chan Can, cacique de Chetumal, su situación cambiará radicalmente, ya que tiene el firme propósito de «superar su estado de indigencia social, a costa de lo que fuere» (p. 132). Así demostrará su maestría y valentía como cazador, superará duras pruebas, entre ellas seis meses de abstinencia sexual, hasta lograr la libertad y sus privilegios:

Sus derechos fueron los de un patricio y sus privilegios los de un ciudadano destacado. Pudo usar armas para defenderse de las ruines fieras de los bosques, de sus enemigos personales; contar con una parcela y una habitación propia en los linderos del poblado; casarse, si así lo deseaba; y aspirar, en la rama de las armas, al cargo de capitán o de *Nacón* en un trienio (p. 133).

Dentro de lo que está dispuesto a hacer para lograr un lugar preeminente en la sociedad se encuentra el matrimonio con la hija de Na Chan Can y el cambio de religión. El proceso es lento, pero siempre progresivo, y Eugenio Aguirre dedica muchas páginas a su



Eugenio Aguirre.

18
Juan José Saer, *El concepto de ficción*, Buenos Aires, Seix Barral, 2004, p. 12.

19
Salvador Campos cita dos novelas mexicanas en las que aparece Guerrero, las de José Beltrán Pérez, *Ocho años entre salvajes*, Mérida, Club del Libro Yucateco, 1970, y la de Benjamín López Martínez, *Rutas extraviadas; cuento macabro de ensayo mayista*, Mérida, Club del Libro Yucateco, 1949. También la del español Torcuato Luca de Tena, *El futuro fue ayer* (Campos, *op.cit.*, p. 77). Por su parte, el propio Campos prepara una novela sobre Gonzalo Guerrero, *El hijo de los alacranes, o El alacrán emplumado*, según P. Braham que también cita una novela de Manuel Pimentel, *Puerta de Indias*. (Braham, *op.cit.*, p. 8).

20
Eugenio Aguirre, *Gonzalo Guerrero. Novela histórica*, México, Editorial de la Universidad del Valle de México, 1983, p. 15. Las citas siguientes remiten a esta edición.

21
«Es curioso que después de tanto tiempo de estar alejado de la patria la lengua se me ha trastornado, al grado que ya no acierto bien a recordar algunas de las palabras que, en castellano, solía pronunciar con absoluta familiaridad. La dulce y bien modulada lengua de estos pueblos me ha ganado y, si bien aún continúo maldiciendo a la andaluza, mi comunicación se realiza en las voces de los *cheles*» (p. 148).

El cautivo cautivado: Gonzalo Guerrero en la novela mexicana del siglo XX

ROSA PELLICER



Portada de Gonzalo Guerrero. Novela histórica, de Eugenio Aguirre.

22
«De ahora en adelante y de todo lo que me acuerdo o que vaya sucediendo, hasta que les pueda enviar esta relación, lo voy a escribir en uno de los libros que usan los mayas, que es una hoja larga doblada con pliegues, como un pequeño biombo, que se cierra todo entre dos tablas que hacen muy galanas. El papel lo elaboran de las raíces de un árbol y después le dan lustre blanco para poder escribir o dibujar bien.» (Salomón González-Blanco Garrido, *Gonzalo Guerrero, el primer aliado de los mayas*, México D.F., Miguel Ángel Porrúa, 1991, p. 17). En adelante, sólo se indica la página.

descripción, así lo vemos aceptando paulatinamente sus dioses y ritos en un sincretismo que se debe tanto a la necesidad de integración y ascenso social como a no encontrar consuelo en su fe cristiana. Los problemas de conciencia se solucionan rápidamente por medio de una aparición sobrenatural. Un sacerdote maya sugiere que sea iniciado en ciertos ritos; pide ayuda a Dios, que le responde con «voz estruendosa»:

Vives entre pueblos paganos que no me conocen, pero que me intuyen y adoran en cada uno de sus ídolos. Me han fragmentado en muchos más que Tres, siendo ese el número de mis concepciones, mas esto no está mal. Tanto me sirven adorando a *Itzamná* como a *Ah Puch*; de igual forma que si un cristiano se dirige al Padre o al Espíritu Santo; por eso no te preocupes, que no pecas en mi contra sirviendo a un fragmento de mi personalidad, a un reflejo de mi presencia. Simplemente recuerda que, en las ofrendas que hagas a *Acanum*, alabas al Verbo, y dedícaselas a él en tus oraciones (pp. 150-151).

De este modo, eliminados los problemas de conciencia, Gonzalo es iniciado en los ritos de *Acanum*, dios de la caza y los flecheros, a quien ofrecerá sangrientos sacrificios y llegará a ser su sacerdote. De este modo, poco a poco y tras duras pruebas de iniciación logra su propósito de ascensión social; a lo que se suma el matrimonio con *Ix Chel Can*, la hija del cacique *Na Chan Can*, que si bien al principio no la quiere, después de la boda «nos amamos, desde aquel día, con una fuerza incontenible» (p. 163). Una vez casado, se somete a otro ritual, el del tatuaje y se perfora las orejas.

La situación se complica para Guerrero cuando aparecen los españoles: no quiere luchar contra ellos, y se limita, en calidad de *nacón*, a organizar a los indios y a delegar el mando en uno de sus capitanes. La justificación es que sus compatriotas sólo buscan someter y robar a los indios, y él, como se ha visto anteriormente, es «un hombre limpio y honrado» (p. 170). Esta decisión, unida a no aceptar los requerimientos de los españoles para que regrese, supone pasar a la historia como un infame, pero ya se ha convertido en un *chele*, lo que conlleva que acabe aceptando sus costumbres para la educación de sus hijos, aunque en un principio quisiera iniciarlos en la religión cristiana. En un momento dado, con el nacimiento de su tercera hija, es absolutamente consciente de su aculturación y comienza a sentirse el padre de una nueva raza

de hombres. Tan integrado está, que debido a una plaga de langosta, accede a sacrificar a su propia hija a la diosa *Ix Chel*, junto con otros nueve niños, en el adoratorio majestuoso y terrible de Chichén Itzá. Por esta razón, si en un primer momento había rehusado guerrear contra los españoles, ya no duda en hacerlo cuando aparecen Francisco de Montejo y Alonso Dávila, siguiendo en este punto a Fernández de Oviedo. Finalmente, sale a combatir contra el capitán Lorenzo de Godoy, y morirá en el encuentro, como señala Andrés de Cereceda.

Como vemos, el Gonzalo Guerrero que nos presenta Eugenio Aguirre no es tanto un «padre el mestizaje», entendiéndolo por tal no sólo la raza sino la cultura, sino el proceso de transformación de un europeo en maya. Los iniciales intentos de unir las dos culturas, fundamentalmente por medio del sincretismo religioso, pronto se ven abandonados debido tanto a su firme propósito de ascenso social cuanto a la adopción sin fisuras de la nueva condición.

En *Gonzalo Guerrero, el primer aliado de los mayas* (1991) Salomón González-Blanco Garrido adopta la forma epistolar; en una larga dirigida a sus padres, cuya primera fecha es 1519, la de la llegada de Cortés, Gonzalo Guerrero cuenta en primera persona su historia desde el naufragio en 1511 hasta la víspera de entrar en combate donde morirá. El epílogo en tercera persona narra su muerte. La novela, que tiene una estructura más bien fragmentaria y llena de digresiones sobre las costumbres, la naturaleza y la civilización mayas, es sólo una parte del libro que ofrece bibliografía, notas a pie de página, ilustraciones y anexos en los que recorre varias obras sobre el tema con las que está en desacuerdo. En este caso, casi parece un libro para jóvenes, por el estilo desenvuelto, las explicaciones didácticas, el tipo de ilustraciones. La forma de carta remite a las supuestas memorias de Guerrero, publicadas por Marcos Aguirre Rosas²².

La historia que cuenta Guerrero, como era de esperar, no difiere demasiado de lo sabido. Una diferencia que presenta con la novela de Aguirre, es respecto a su matrimonio. Ahora lo encontramos enamorado de *Nicte-Há*, *Flor de Mayo*, y asistimos a las dificultades del noviazgo. Si en la novela anterior la razón para ir asimilándose al nuevo medio era fundamentalmente el ascenso social, ahora es el amor. Posteriormente, será este amor a su familia el que le impide regresar con los españoles.

Después de labrarse los brazos con una ceiba, el árbol sagrado de los mayas, comenta:

No obstante ello, quiero dejar bien claro que el estar marcado del cuerpo no fue la causa de que no me embarcara con los españoles que llegaron a Cozumel, pues repito, creía y creo que mi obligación es quedarme con mi familia y esto también está marcado, pero en el alma. (pp. 119-120).

A falta de sacerdote, el propio Guerrero bautiza a sus hijos, pero confirma a Aguilar, que siempre se mantuvo firme en su fe, su creencia en un ser supremo, con lo que no se le plantea sin ningún problema a la hora de adoptar otros ritos, así lo vemos rezando a la «virgencita» y a Ix Chel²³.

A pesar de que se siente cada vez más maya, este Gonzalo Guerrero no acaba de aceptar todas sus creencias y costumbres. Es un buen agricultor y mejor artesano, que no quiso aceptar ser *nacón*, pero finalmente decide luchar contra los españoles, a sabiendas de que allí encontrará la muerte. En el epílogo, además de dar cuenta de los nombres de los cinco hijos de Guerrero, González-Blanco intenta la conciliación de los opuestos, e insinúa que más que un maya fue su aliado:

No volvió Gonzalo, pero nos dejó su ejemplo. Quiso ser conquistador, y se convirtió en el primer aliado de los mayas. No llegó por su voluntad, pero se quedó porque quiso. No peleó contra España, sino contra los saqueadores. No renegó de su Dios, sino de los curas mercenarios. Nada fue más importante que su familia. (p. 243).

En un momento determinado Guerrero escribe «Yo era uno de ellos, ya era, ya soy un maya» (p. 118), pero la transformación en otro, a diferencia del caso anterior, no es completa. Se trata de otra posibilidad: la alianza del español y del indio, sin acabar de perder la primera identidad; no pierde la lengua materna y bautiza a sus hijos con nombres mixtos, como Juan Ah-Itsam (cocodrilo), Carlos Ah-Koh (puma), e impide que les deformen la cabeza, a diferencia del personaje creado por Aguirre. Al igual que critica a los españoles por su actuación en la conquista, lo hará con ciertas costumbres mayas, y si termina por luchar al lado de éstos contra los españoles lo hace no contra su patria de origen, sino contra unos hombres concretos, que van a destruir al pueblo maya.

Otilia Meza en *Un amor inmortal. Gonzalo Guerrero, símbolo del origen (sic) del*

mestizaje mexicano (Novela histórica) (1994) presenta un Gonzalo Guerrero nacido en Extremadura, siguiendo las «memorias» de Aguirre y San Buenaventura, que a pesar de su humilde origen, logra iniciarse en las letras con el Señor Joseph. Si en los demás casos, los autores exhiben su conocimiento historiográfico, ahora se insertan canciones populares, poemas, episodios de la historia de España, sin ningún criterio. El dictado de su relato a su amigo Sinac Siu, a quien enseñó castellano, no contribuye a la verosimilitud de esta supuesta «novela histórica». En buena medida es una novela sentimental, con todos los clichés del género. Puesto que es una «novela de amor», será éste el que rijan la narración. A diferencia de otros textos, es ahora «la princesa y sacerdotisa Izpiolotzama» quien se enamora a primera vista del español y logra casarse con él, quien en un principio no la ama; es más, mantiene con ella diferencias sustanciales, ya que es insensible a la religión cristiana²⁴. De momento, a Gonzalo sólo le interesa el oro, hasta tal punto que logra que su mujer le muestre el lugar secreto de donde lo sacan, para robarlo y huir hasta reunirse con los españoles.

Pero un buen día, de forma repentina, se despierta enamorado de la princesa. Pronto tienen su primer hijo, que será el origen de una nueva raza. Ahora bien, Guerrero, que a estas alturas ya ha aprendido la lengua, el calendario y se ha perforado las orejas, piensa mandar a sus hijos, todos ellos con nombre español, a España, aunque él no piense en volver. A pesar de que los de Chetumal se admiran de su adaptación y de su comportamiento tan distinto al resto de los españoles, crueles, violadores y ambiciosos, Gonzalo Guerrero en esta novela muestra notables diferencias con otras creaciones. Así, en ningún momento se plantean problemas religiosos ni de fidelidad a los españoles e, incongruentemente, se alegra de la toma de México por Cortés y guerrea contra los españoles, muriendo en la pelea en 1534.

Un año más tarde, en 1995, se publica *Gonzalo Guerrero, memoria olvidada. Trauma de México* del periodista Carlos Villa Roiz. Ahora, 1573, la hija de Guerrero va recuperar y hacer justicia a la memoria de su padre, escribiendo la verdadera historia, que será sobre todo un ajuste de cuentas con Fray Diego de Landa; además del recuerdo personal anuncia que incluirá textos escritos por su padre, porque «Guerrero, más que un apellido, es un símbolo»²⁵. En la narración

23

«Espera, espera Jerónimo, mi religión como hombre, después de todo lo que hemos pasado, es sin templos, sin altares, sin ritos, sólo la limito al culto al dios supremo y a los deberes eternos de la moral, o sea la pura y sencilla religión del evangelio, la verdadera creencia en un dios personal y providencial creador y conservador del mundo, lo que puede llamarse el derecho divino natural» (pp. 187-188).

24

«El niño o la niña estaba próximo a nacer, como consecuencia del florecer de un amor que el (sic) nunca llegó a pensar que existiera. Pero su Dios y los dioses de su compañera habían decretado otra cosa: la mezcla de sangres tan distintas que llegarían a constituir la nueva semilla de la que brotaría una nueva raza». (Otilia Meza, *Un amor inmortal. Gonzalo Guerrero, símbolo del origen (sic) del mestizaje americano. (Novela histórica)*, México D.F., ALPE; 1994, p. 71).

25

«Los vencedores imponen sus costumbres y su historia./ Al escribir la biografía de mi padre le hago justicia porque, quien no guarda sus recuerdos, corre el peligro de que se los inventen y eso es lo que están haciendo los conquistadores, escribir su versión triunfalista de los crímenes que cometieron. En este libro incluyo algunas páginas donde mi padre registró sucesos; cosas olvidadas...» (Carlos Villa Roiz, *Gonzalo Guerrero. Memoria olvidada. Trauma de México*, México D.F., Plaza y Valdés, 1995, p. 22). Las citas siguientes corresponden a esta edición.

El cautivo cautivado: Gonzalo Guerrero en la novela mexicana del siglo XX

ROSA PELLICER

Roseanna Mueller señala que: «Guerrero's story recapitulates the destruction of Mayan civilization and the imposition of Christianity. This, says Villa Roiz, is the real blow to the indigenous culture. A whole culture has been forced go underground, has been forced to lie, has been made to forget its beliefs, made to deny its truths and worship a totally alien religion. Villa Roiz states that the forced acceptance of Catholicism only reinforced the Mayans' faith» (Roseanna Mueller, «From Cult to Comics: The Representation of Gonzalo Guerrero as a Cultural Hero in Mexican Popular Culture», en *A Twice-Told Tale: Reinventing the Encounter in Iberian/Iberian American Literature*, Newark, University of Delaware Press-London, Cranburg NJ, Associated, 2001, p. 145).

alternan la tercera persona, que corresponde a la hija, con la primera, la de Guerrero. La profusión de citas ajenas hace que parezca una antología más que una narración, que es confusa y adolece de graves faltas gramaticales y ortográficas. Además de un índice temático, que resulta ser onomástico, y la bibliografía hay ilustraciones, no siempre congruentes con el texto; así, por citar solo un caso, se incluye una fotografía de «Momia congelada de un niño inca. Museo Provincial de Santiago de Chile» (p. 293).

Después de las conocidas penalidades de naufragio y cautiverios, cuando pasa a manos de Nachan Can, se enamora de su hija de ojos verdes, color en el que se insiste en todas las novelas citadas, y debe pasar por una serie de pruebas para demostrar su fidelidad y valor, entre ellas no podía faltar el tatuaje ritual y las perforaciones de orejas y labios. Una diferencia que presenta el Guerrero de Villa Roiz con respecto a los anteriores es que quiere transformar Chetumal en una pequeña Castilla, en su ignorancia de las cosas fundamentales que irá aprendiendo. Así, no será sólo un hábil instructor de soldados, sino un buen artesano –el de Otilia Meza era un hábil carpintero–. Poco a poco va aprendiendo la nueva lengua, a la vez que enseña la suya a Nachan Can, que lo inicia en sus creencias, pero, en la medida de lo posible, siempre se mantuvo fiel al Evangelio. El recuerdo de que durante el naufragio se viera impelido a comer carne humana hace que, a pesar de la repugnancia, no se atreva a juzgar el canibalismo, en este caso de su propia esposa: «había contraído nupcias con una antropófaga y mi alma la ha habia consagrado a ella en eterna unión; no la podía culpar. Yo también había comido carne humana.» (p. 206). En otro lugar, se ve a sí mismo como Saturno, devorando a su raza²⁶.

Durante años, Gonzalo Guerrero logra evitar los conflictos entre las dos patrias, a pesar de que el tatuaje fue «un bautizo de sangre, una iniciación estética esotérica que lo obligaba a renunciar a su cultura.» (p. 197), pero cuando su pueblo va a ser atacado por los españoles debe tomar partido y lucha contra ellos, debido a las iniquidades cometidas.

Ya no podía permanecer imparcial. El destino lo regresaba al campo de batalla; era juez y parte pero tenía que abandonar la neutralidad adoptada en los últimos años. Tanto tiempo aislado...era pecador, inquisidor pero también su confesor y Papa. Ante

todo, no podía ver sufrir a los mayas ante las continuas vejaciones que cometían los hombres de su raza; para mayor confusión de sus sentimientos, anhelaba el triunfo del evangelio. (p. 536)

Esta actitud no implica una traición, pues lo único que hizo Guerrero fue ser fiel a sus propios principios. El final de la novela es significativo para su interpretación. Dice la hija: «Me busco en el interior de su historia, encuentro recuerdos; para saber más de mí, requiero reflejarme en otros y el mejor espejo para entender mi sangre mestiza, la primera en estas latitudes, es la vida de mi padre: Gonzalo Guerrero» (p. 568). Estas palabras suponen una variación con respecto a lo visto anteriormente. Podemos ver que la hija mestiza sólo se refleja en el padre español y cristiano, a la parte materna, la maya, no hace ninguna referencia a lo largo de más de quinientas páginas, aun cuando parece que Guerrero no consiguió del todo que sus hijos se educaran como españoles. Parece concluir que el «trauma de México» es la pérdida de su propia cultura por la conquista, ya que la imagen que prevalece en este caso concreto es la del padre español, así la novela poco afortunada de Villa Roiz se acercaría a la tesis de Octavio Paz del «malinchismo».

Si en las novelas anteriores el personaje central es Gonzalo Guerrero, hay otros textos en los que comparte protagonismo con Jerónimo de Aguilar, cuya función era servir de contrapunto a la actitud adoptada por el de Palos. No hay que olvidar que los dos nombres van unidos hasta la llegada de Cortés, cuando toman caminos vitales opuestos. Siguiendo el desarrollo argumental de Díaz del Castillo, Enrique Buenaventura presenta a Guerrero y Aguilar en su obra teatral, una especie de pantomima, *Crónica (La enrevesada historia de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar)* (1988), como cautivos esclavos cuando se produce la llegada de Cortés. Para entonces el andaluz ya está tatuado, tiene mujer y un hijo. Guerrero siente que los dos son ya «otros», aunque Aguilar no tenga marcado el cuerpo ni familia, ya que ha mantenido la castidad a pesar de las tentaciones. Aunque todavía cree en Dios, incluso Aguilar ofició el matrimonio, Guerrero no dudará en enfrentarse a los españoles.

La reacción de Cortés al saber que Guerrero «es» un indio es significativa. Aguilar le dice que no tiene sentido ir a buscarlo:

¡Cómo que no vale la pena! ¡No podemos consentir esas transformaciones! Un mal ejemplo de esos puede prosperar y puede llegar un momento en el que no sepamos quién es quién en México. No podemos evitar las mezclas, pero un mestizo es un mestizo y un mulato es un mulato y un tercerón es un tercerón y un tente-en-el-aire es un tente-en-el-aire, pero un cristiano no se puede convertir en un indio²⁷.

La actitud de Aguilar es cuando menos ambigua, ya que avisa de los planes de guerra de Cortés a Guerrero, pero sigue al lado de los españoles. A diferencia de otros textos, Buenaventura hace que peleen Cortés y Guerrero, que resulta vencedor aunque le entristece la victoria. Guerrero no quiere aliarse a los españoles, ya que éstos han sido vencidos, sino la paz. Cortés lo traiciona, manda a soldados a apresarlos y es ahorcado en esta «crónica falsa» o «la única verdadera» para representar en el día de la raza. Como vemos, en esta pieza se va más lejos en la consideración de la historia del «fantasma» Guerrero, ya que el conquistador español no duda en traicionar su palabra y acabar con lo que podría haber sido una opción de la relación con los indios. La ironía de la oportunidad de esta «crónica» para celebrar el día de la raza, que invierte el final del aindiado, reflexiona sobre la imposibilidad de esa otra historia que pudo haber sido, que reflejan otros textos.

Finalmente, «Las dos orillas» (1993), de Carlos Fuentes, adopta el forma de un manuscrito escrito en primera persona donde Jerónimo de Aguilar, que acaba de morir, quiere contar todo lo que pasó, ya que lo que escriben los historiadores sobre él es muy escueto, y lo hace invirtiendo el tiempo: del presente al pasado, que se refleja en la numeración de los capítulos que van del diez al cero. En la obra de Enrique Buenaventura aparecía Aguilar como un figura cuando menos ambigua ya que transmite información tanto a Cortés como a Guerrero; ahora Fuentes lo presenta de forma contraria a su figura histórica, ya que su única meta fue «el triunfo de los indios contra los españoles»²⁸, para ello el arma fundamental es el conocimiento de la lengua maya primero y del náhuatl después. Otra variante es que se enamora de Malintzin desde el primer momento, cuando se le presenta habitualmente como modelo de castidad. Abandonada por Cortés y con un hijo, doña Marina es la «madre y origen de una nación nueva» (p. 44).

En «Las dos orillas» se produce el encuentro, que no tuvo lugar, entre Guerrero

y Cortés. Dado el propósito de Jerónimo de Aguilar de actuar contra los españoles, es indispensable que el de Palos, ya capitán de los mayas, permanezca con los indios «para que mi propia empresa de descubrimiento y conquista se cumpliera» (p. 49) y que el propio Aguilar regrese con los españoles:

En cambio, me llevó a mí con él [Cortés], sin sospechar siquiera que el verdadero traidor era yo. Pues si yo me fui con Cortés y Guerrero se quedó en Yucatán, fue por común acuerdo. Queríamos asegurarnos, yo cerca de los extranjeros, Guerrero cerca de los naturales, que el mundo indio triunfase sobre el europeo (p. 51).

Aguilar fracasó en el intento de que Cortés no conquistara México, pero Guerrero debe lograr el triunfo de su empresa: el descubrimiento y conquista de España por los mayas, con un ejército adiestrado por él mismo²⁹. Convertido en una estrella después de su muerte, Aguilar acompaña a Guerrero, buen constructor de barcos, en esta empresa que no se narra, simétrica de la de Cortés. La única victoria segura es la de la lengua, que con todos los aportes americanos, triunfa en las dos orillas, por eso por medio de las palabras y de la forma inversa de la narración, es posible «un perpetuo reinicio de historias perpetuamente inacabadas, pero sólo a condición de que las presida, como en el cuento maya de los Dioses y los hielos y de la Tierra, la palabra.» (pp. 60-61).

En este relato Carlos Fuentes apuesta, como viene desarrollando en esos años, por el «territorio de la Mancha», en que el origen del México actual, no es tanto el mestizaje de razas, ya sea de descendientes de la Malinche o de Guerrero, sino que reside en el poder de la palabra común, que es en realidad el tema de «Las dos orillas». Sólo faltaría, tal vez, como se dice en el texto el viaje de vuelta.

A lo largo de estas páginas se comprueba que Gonzalo Guerrero ha pasado de traidor a padre de la patria, convirtiéndose en esta transformación en un mito, un símbolo. La escasez de datos sobre su persona ha contribuido notablemente a que se produzca no tanto una recreación cuanto una construcción

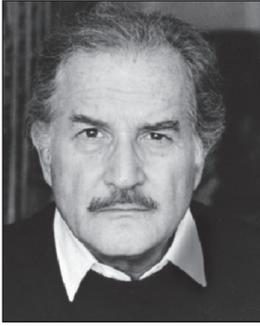


Detalle del programa de mano de *Crónica*, de Enrique Buenaventura.

27 Enrique Buenaventura, *Crónica. (La enrevesada historia de Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar)*, en *Los papeles del infierno y otros textos*, México, Siglo XXI, 1990, p. 260.

28 Carlos Fuentes, «Las dos orillas», *El naranjo*, Madrid, Alfaguara, 1993, p. 28. En adelante, sólo se indica la página.

29 «Quizás, como si adivinara su propio destino, el capitán español dejó a Guerrero entre los indios para que un día acometiese esta empresa, réplica de la suya, y conquistara España con el mismo ánimo que él conquistó a México, que era el traer otra civilización a una que consideraba admirable pero manchada por excesos aquí y allá: sacrificio y hoguera, opresión y represión, la humanidad sacrificada siempre al poder de los fuertes y el pretexto de los dioses.» (pp. 58-59).



Carlos Fuentes.

del personaje, que no sólo daría voz a los silenciados por la conquista, sino que reinscribe el origen en una utopía, una visión edénica que culminaría en el nacimiento de una nueva raza, como se insiste en las novelas consideradas³⁰. Este mundo posible, y en buena parte ficticio, es simultáneo del supuestamente «real», el histórico, del que sería su reverso; frente a una Malinche, violada y traicionada por el conquistador, se propone un nuevo

mito, el de Gonzalo Guerrero, amante padre y esposo, capaz de dar la vida por su nueva patria³¹. Como escribe José Emilio Pacheco en el poema «Doña Marina» a estos traductores, Aguilar, Guerrero y doña Marina:

Debemos en gran parte
La conquista y colonia, el mestizaje,
El enredo llamado México, la pugna
De hispanismo e indigenismo³².

30

Para Rolando J. Romero: «That the encounter produced bilateral changes. Gonzalo Guerrero as a counter Malinche serves, in my opinion, as a new model of cultural syncretism. This model is based not on the violation and destruction suggested by Paz's Malinche, but on the respect and the willing acceptance of the cultura of the Other. Guerrero as a counter model to the conquest shows that the territory the Spaniards found on their way to the Orient changed both the Old and the New World.» (Rolando J. Romero, «Texts, Pre-Texts, Con-Texts: Gonzalo Guerrero in the Chronicles of Indies», *Revista de Estudios Hispánicos*, 26: 3 (1992), p. 363.

31

Señala Salvador Campos al respecto: «por oposición al llamado espíritu 'malinchista' de preferir lo extranjero a lo nacional mexicano, el 'Gonzalismo' aparecería como el espíritu inverso, a saber, el del extranjero que-yendo incluso contra los suyos-se entrega, transferadamente, a la defensa de lo mexicano.» (*op.cit.*, p. 97).

32

José Emilio Pacheco, *Islas a la deriva (1973-1975)*, en *Tarde o temprano (Poemas 1958-2000)*, México, FCE, 2000, p. 170.